

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 87-100

Peloteros cubanos. Tres testimonios

Roberto González Echevarría

Roberto González Echevarría: cubano, ocupa la cátedra Sterling en literaturas hispánicas y comparadas de la Universidad de Yale; es co-coordinador de *The Cambridge History of Latin American Literature*, en tres volúmenes. Su *The Oxford Book of Latin American Short Stories* acaba de aparecer en 1997. Ha dado conferencias en numerosas universidades y reuniones internacionales en Europa y América. Colabora con frecuencia en el *New York Times Book Review*, y ha publicado más de cien artículos en revistas de los Estados Unidos, América Latina y Europa.

Palabras clave: Béisbol, cultura del béisbol, testimonio, Cuba.

Resumen:

Fue significativo en el béisbol cubano de los años 30 y 40 el surgimiento de jugadores, la mayoría pitchers oriundos del interior, que encarnaban un tipo ideal de la República. Eran originarios de una región mágica de la mitología nacional, un ambiente pastoril donde se iniciaron las guerras de independencia contra España. Constituían como una suerte de aristocracia amateur, relacionada con el nacionalismo prevaleciente en el periodo. A través de los testimonios de tres destacados peloteros de la época quizá pueda entreverse este proceso donde cultura, nacionalismo, deporte y política conformaron una perdurable alianza.

1 Un hecho significativo en el desarrollo de la pelota en Cuba durante los 30 y 40 fue el surgimiento de jugadores, la mayoría pitchers oriundos del interior, que encarnaban un tipo ideal. Todos eran «guajiros» –rústicos puros de las provincias, no de la corrompida Habana– que se suponía personificaban la inocencia, la candidez y el vigor de la nación. Muchos ostentaban elocuentes sobrenombres. Conrado Marrero era, simplemente, «El Guajiro de Laberinto». Laberinto era la finca próxima a Sagua La Grande, en la provincia de Las Villas, donde nació. A Julio Moreno le decían «Jiquí», por un árbol cubano de madera extremadamente dura. Rogelio Martínez era «Limonar», por el villorrio en la provincia de Matanzas donde empezó a jugar pelota. Sandalio

Consuegra, que para empezar ya tenía un nombre típico de campesino hallado Dios sabe dónde por sus padres, era conocido por «Potrerillo», su pueblo natal en la provincia de Las Villas. Pedro Jiménez, con su tan común combinación de nombre y apellido, tenía el magnífico apodo de «Natilla», porque así le decían a su padre, a quien por lo visto no le gustaba el popular postre. Los cinco, Marrero y Moreno muy en particular, se convirtieron en venerados jugadores amateurs, y más tarde famosos profesionales y hasta jugadores de Grandes Ligas –como lo fueron Marrero y sobre todo Consuegra– que ganó el campeonato de pitcheo en la Liga Americana en 1956 con los Medias Blancas de Chicago. Estos peloteros eran originarios de una región mágica de la mitología nacional, situada en el campo, en la manigua redentora, donde se iniciaron las guerras de Independencia contra España, un lugar privilegiado en el imaginario nacional. En ese ambiente pastoril, con ondulantes palmas reales meciéndose en el trasfondo y tallos de caña inclinados por el viento en el primer plano, estos inocentes guajiros vivían en armonía con lo bello y lo natural, exentos de malicia o ambición. Engalanados con los emblemas de la nación sobre sus uniformes, o simplemente con la palabra CUBA en la pechera, Marrero, Moreno, Martínez y Consuegra aparecían con frecuencia en revistas nacionales, a veces en la portada. Quilla Valdés, oriundo de Matanzas, el destacado campocorto del Central Hershey; Agapito Mayor, el corajudo zurdo de Caibarién; Roberto Ortiz, el gigantesco jonronero camagüeyano; Napoleón Reyes, el talentoso atleta de Santiago de Cuba, que jugó con los Caribes de la Universidad de La Habana, y algunos más, completan esta galería de iconos nacionales –todos blancos, porque los negros no podían jugar en la pelota amateur cubana antes de 1959. Constituían como una suerte de aristocracia amateur, que, en los 30 y 40, surgía del nacionalismo prevalente en el periodo, estimulado por Batista y su camarilla de flamantes oficiales, que habían derrotado y desplazado a la oficialidad del ejército de la República en golpe liderado por el sargento estenógrafo el 4 de septiembre de 1933. Los espectáculos patrióticos celebrados durante las Series Mundiales de Baseball Amateur jugadas en La Habana entre 1939 y 1944 le dan a esta alianza entre deporte y nacionalismo un matiz fascista muy de la época, del que el rojo no estaba ausente por cierto, dado que los comunistas habían apoyado a Batista cuando éste fue electo presidente en 1939. Las Series Mundiales coincidieron exactamente con el primer periodo presidencial de Batista. Son el antecedente indiscutible, y a veces deliberadamente asumido, de los triunfos del béisbol amateur cubano bajo el régimen de Fidel Castro.

Dos

El 24 de febrero de 1947, Agapito Mayor, pítcher zurdo de los Alacranes del Almendares, llevó a su equipo al primer lugar, dándole así la oportunidad de aspirar al campeonato de la Liga Cubana de Baseball

Profesional, que le daría a los azules al día siguiente otro zurdo, el gran Max Lanier, al derrotar a los odiados Leones del Habana en el juego más famoso y significativo en toda la historia de la pelota cubana. Pero los triunfos de Mayor en los profesionales, que fueron muchos, no se pueden comparar con los que alcanzó en los amateurs. Con Quilla Valdés, Mayor es el jugador amateur más representativo de los años 30, sucesor de Narciso Picazo como el mejor zurdo no afiliado a los profesionales en ese entonces (los mejores zurdos profesionales eran en esa época Luis Tiant padre, Lázaro Salazar y René Monteagudo). Conocido afectuosamente como «El Triple-Feo», Mayor fue un zurdo valiente, con un brazo de goma que no se cansaba nunca, siempre dispuesto a lanzarle a cualquiera y en cualquier situación. Vive actualmente en Tampa, Florida, donde lo entrevisté en 1990.

Martín Dihigo, a quien Mayor menciona, es el más grande jugador cubano de todos los tiempos. Está en el salón de la fama de cuatro países: los Estados Unidos (el único cubano), México, Venezuela y Cuba. Negro, cuya carrera como jugador concluyó justo con la llegada de Jackie Robinson a las Mayores, Dihigo jugó en las ligas independientes de color de EEUU, y por toda la América Latina donde se juega béisbol. Fue un lanzador derecho de primera línea, y un bateador formidable capaz de jugar todas las posiciones como el mejor.

Conrado Marrero, según la prensa de la época, no parecía un pelotero sino alguien disfrazado de pelotero. Bajito, pechpalomo, de brazos cortos y manos pequeñas, casi delicadas, Marrero no tenía aspecto de atleta, pero fue el lanzador amateur más grande que ha dado Cuba, un baluarte del Almendares en la Liga Cubana Profesional, y un jugador de Grandes Ligas de éxito considerable con los débiles Senadores de Washington, a pesar de que llegó a ese nivel cuando ya contaba con 40 años bien cumplidos. La fama de Marrero como amateur no admite comparación, y sus juegos contra Venezuela y su lanzador estrella Daniel Canónico en las Series Mundiales Amateurs son hitos en la historia del deporte en la cuenca del Caribe.

Ecuánime, inteligente, Marrero era lo que en Cuba se llama un «guajiro lépepero», es decir, astuto. Se dice que tenía una memoria privilegiada; que si dominaba a un bateador con cierto lanzamiento, se lo volvía a tirar diez años más tarde aunque no se hubiese enfrentado a él en el ínterin. Marrero no era un pitcher de velocidad, sino de control exquisito, con una curva que rompía al último momento desconcertando al bateador. Tiraba de todo, inclusive la bola de nudillos. Lo entrevisté en Miami, el 10 de diciembre de 1993, donde se encontraba visitando a un hijo. Marrero vive en La Habana, y después del triunfo de la Revolución se ha desempeñado como instructor de pitcheo, aunque ya está jubilado.

Napoleón Reyes era un hombre alto para su época, con dotes atléticas excepcionales, que le permitieron jugar entre hombres en su nativo Oriente desde que era casi niño. En Cuba su fama fue sobre todo como amateur con los Caribes de la Universidad de La Habana, aunque tuvo varias campañas exitosas en el profesionalismo, y luego fue un director profesional cotizado en la Liga Cubana, en la Liga Internacional, en México y en Venezuela. En los amateurs, a fines de los 30 y principios de los 40, Reyes se convirtió en uno de los jugadores más admirados, durante una época en que los amateurs tenían más arrastre con la fanaticada que los profesionales. Es más, su salto al profesionalismo en 1941 fue uno de los factores que contribuyeron a sacar la Liga Cubana del nadir donde había caído en la década del 30 a causa de la depresión económica y la inestabilidad política. Pero a mediados de los 40, Napoleón, que había llegado a las Mayores con los Gigantes de Nueva York, pasó varios inviernos en los Estados Unidos en vez de regresar a Cuba a jugar en la Liga Cubana, por lo que sus récords en ésta no son lo que pudieron haber sido. Fue de los muchos jugadores cubanos –entre ellos Mayor y Moreno– que firmaron con los hermanos Pasquel para jugar en México, violando así su contrato con los Gigantes. Como otros americanos y cubanos que hicieron lo mismo, Reyes fue suspendido y no volvió a los Gigantes sino por unos meses en la temporada de 1950. Cuando lo entrevisté en Miami, el 13 de agosto de 1991, se veía ya falto de salud, y la muerte habría de llegarle poco después, en 1994. Pero lo animó recordar sus buenos tiempos en la pelota, y sus ojos claros volvieron a brillar cuando me contaba sus hazañas.

Agapito Mayor

Yo nací en Sagua La Grande, el 18 de agosto de 1915, en la calle Luz Caballero. El mismo día, el mismo mes y el mismo año nacimos Max Lanier y yo; 75 años tenemos cada uno. Me crié en Caibarién. Caridad Valenzuela y Agustín Mayor fueron mis padres. Al mes y medio o dos meses de nacido me llevaron para Caibarién. Yo empecé a jugar pelota en Caibarién, naturalmente. En el Colegio de los Hermanos Maristas era primera base y muy malo, pero el Hermano Plácido, un cura que era del diablo, una vez que nos estaban dando mucho palo me dijo, «No hay pítcher». Y me puso a pitchear. Y me hice pítcher. Yo era un niño de 12 años, pero me destaqué, tuve suerte. Ahí empecé a jugar pelota, y a los 15 años (me gustaba la pelota, no me gustaba estudiar; es feo, pero no me gustaba estudiar, me gustaba la pelota) me fui para La Habana. Yo había jugado en Las Villas con el Santa Clara y en los ingenios. La primera vez que pitché un doble juego fue en 1930 con el Santa Clara, que ahí tengo yo los récords. Me llevaron Champion Mesa, Alejandro Oms, toda esa gente, con los profesionales, a pitchear. Metí dos nueve ceros en ese día. Y entonces me llevaron a los ingenios. ¿Cuántos juegos había pitchado en los centrales? Cantidad, enorme cantidad. Yo

le ganaba –es feo decirlo–, yo le ganaba a todo el mundo. Yo era muy dichoso, le ganaba a todo el mundo.

De ahí entonces me recomendó Cesítar Sánchez a la Universidad de La Habana, que eso no se me olvida jamás en la vida. Él era entonces cónsul de Cuba en Panamá y decía que yo tenía facultades. Yo me fui con una ilusión muy grande. Mi papá me dio un peso macho y un pasaje en la guagua. Era un peso de plata de aquellos cubanos, que les decíamos un peso macho, en 19... –tenía 15 años– ...30. Llegué allí, no conocía a nadie. Fui a ver a un señor de Caibarién, a un negrito que era sastre, y él me dijo: «Mayor, aquí no te puedes quedar». Y entonces fui a dormir arriba de un billar, allá en la calle Neptuno. Y al otro día voy al antiguo Almendares, usted sabe, allá atrás del paradero, a practicar con la Universidad. Entonces Leo Ruiz Sánchez pitcheaba de la Universidad; un gran pítcher. Era entonces de los *teams* grandes de Cuba en el amateur. ¿Usted cree que me van a mandar a mí a jugar? Dice: «Coge y vete a practicar segunda base». Usted sabe lo que me quiso decir, que me fuera. Está bien. Y yo dije, concho... Entonces, me voy, imagínese usted sin un quilo en el bolsillo ni nada, y me encuentro con el Chino Valdivia, que es mi compadre, y le digo: «Chino, yo no voy para Caibarién». Él me dijo: «No, yo tengo un amigo mío de Placetas, que te puede poner a vender café a quilo por La Habana con unos termitos». Entonces, hago así y me pongo a vender cafecito de a quilo en La Habana. Sí, no podía hacer otra cosa. Y me dice el Chino: «Me voy para el Central Algodones, Mayor, si hay chance te llevo a pithear allá». Y efectivamente a la semana me manda a decir: «Oye, ven para acá». Imagínese usted, para buscarme el pasaje de La Habana allá, al Central Algodones, costaba un diablo eso. El Central Algodones estaba al lado de Ciego de Avila, en la provincia de Camagüey. Entonces, yo hice así, vendía café en la Plaza del Vapor, y conseguí que me llevaran en un camión hasta Santa Clara. De esos camiones que descargaban viandas. Y allí voy a ver a mi tío y dígole: «Chico, Medardo...». Dice: «No, tú te vas para Caibarién». Digo: «No, Medardo». Mi tío era catedrático de la Universidad de Santa Clara, uno de los grandes contadores en Cuba, Medardo Mayor, que Dios lo tenga en la gloria. Pero no me quiso dar el dinero para ir a Algodones. Entonces voy a ver a Fallanca, que era al doblar de allí, y le digo: «Fallanca, tengo que ir a pithear mañana a Algodones y no tengo dinero». Me dijo: «No te ocupes». Me puso a descargar allí un camión, y me llevaron hasta el entronque de Majagua. Eso es antes de llegar a Ciego de Avila. Y allí me bajé, con un pantaloncito, una camisa, y más nada. Eran las nueve de la noche. ¿Usted se acuerda de los carritos de bigotes aquéllos? Los tres-

Se trata de Julián (Fallanca) Pérez, gran jugador local, que como pítcher llegó a los profesionales con El Habana a principios de siglo, y que evidentemente era conocido todavía por los peloteros y aspirantes a pelotero.

patá. Costaba 20 centavos de ahí al ingenio. Y bueno, voy para el ingenio. No tenía un quilo. Llegué allí, y allí estaban Regino Otero, Chino Valdivia, René Monteagudo, Tito Isla, Juan Decal, Tata Alonso, Estalella, Sungo Carrera. Había una novena grande, pero venía el Santa Clara con Alejandro Oms.

Digo yo: «¡Concho!». Díceme el Chino: «Si no ganas te tienes que ir». Digo: «Bueno, está bien». Me acosté, pero primero me comí 10 pares de huevos con arroz. Llevaba un hambre del diablo. Eran las nueve de la noche. En la comercial esa del ingenio no había otra comida. Y me acosté, y me dice a mí el Gallego Estévez, que estaba allí también: «Mayor, si tú no ganas te tienes que ir». Digo yo: «Está bien». No tenía zapatos. Me prestaron un par de zapatos que no me servían. Y le doy gracias a Dios. En una hora y diez minutos le metí nueve ceros al Santa Clara. Dícenme: «No, tienes trabajo aquí. A trabajar». Y allí me quedé yo.

Yo tenía de todo en la pelota. Yo, cuando aquéllo, es feo decirlo, pero era difícil ganarme. Y la prueba está en que llegué y fui seleccionado con Camagüey y Oriente para jugar contra el mejor *team* grande de Cuba, que era entonces Ron Havana Club en Cárdenas. El Ron Havana Club era profesional, pero nosotros éramos de los ingenios. Entonces fuimos allí y pitché el sábado, pitché el domingo por la mañana, y pitché el domingo por la tarde. Entonces me firmaron para el Deportivo Cárdenas, para jugar una serie contra el Hershey. Fue en 1935. Usted no había nacido, yo creo. Me puse dichoso. Perdimos la serie, pero les metí 66 ponchados en cinco juegos. Y perdí el último juego en el Vedado Tennis porque el cácher no me aguantaba el brazo. Y vuelvo para el ingenio otra vez.

Al año siguiente se llevaron a Juan Decal para el Vedado Tennis; se fue Tata Alonso; se fue Monteagudo. Y a mí no me llevaron porque yo era un poco arrebatado. Me gustaba pelear y eso. Yo era muy peleonero. Y entonces me firmó el Hershey. Y llego al Hershey, y a la semana siguiente, que estábamos practicando, salgo del terreno, voy caminando, y viene la policía, y me esposan a mí y a Mario Díaz. Digo: «Señor, si yo no...». Yo quería llamar a alguien. Me montan en un carro. La cosa estaba muy mala en Cuba. Yo digo: «¡Mario!». Y me digo: «Yo, que soy un guajiro, que vengo a jugar pelota aquí, mira el lío...». Cuando paso de Matanzas para allá, para La Habana, digo: «¡Ay, ya yo no juego más pelota!». Pero cuando entramos en La Habana hicieron así y fueron al Club Fortuna. Estaba Laureano Prado, en una mesa de aquí a allá, y digo: «No, esto ya es distinto». Dice: «No, mire, usted, ésta es la planilla del Hershey. Usted no puede jugar del Hershey. Usted tiene que jugar del Fortuna». Y yo dije: «Bueno, yo soy un guajirito, pero mire, en el Hershey me dieron 300 pesos, y le dieron trabajo a mi hermano». Dice: «No, los 300 están aquí, y su hermano empieza a trabajar mañana en Jaruco, con Orúe, aquel que era alcalde de Marianao». Me puse dichoso, en el 36 gané el campeonato

pitcheando para el Fortuna y gané la Serie Co-Criolla invicto, que era entre los dos campeones de la Liga Social y la Nacional. Ellos –la Escuela de Comercio– tenían ocho bateadores de 300 y nosotros contábamos con el pitcheo mío. Gané los cuatro juegos. En 1936 fui con el Fortuna a México, que ahí tengo un récord que no lo va a romper nadie en el mundo. Pitché el jueves contra Martín Dihigo, un *team* profesional, en Veracruz. Yo lo tengo por ahí guardado. Pitché el sábado. Pitché el domingo. Pitché el lunes. Y no me dejaron pithear el martes, porque decían que se me caía el brazo. Y gané cuatro juegos en una semana. Eso está guardado por ahí. En el 37 gané otra vez el campeonato con el Fortuna. En el 38 fui a Panamá, a los Juegos Panamericanos, e impuse un récord que todavía existe de más juegos ganados. Fui *champion pitcher*, invicto, en los Panamericanos. Ahí cogí cuatro medallas de oro. Estaba México, estaba Cuba, estaba Venezuela, estaba Panamá, estaba Puerto Rico. Y me puse dichoso, fui *champion pitcher*, jugador más valioso. Cogí cuatro medallas de oro. Quedé en segundo lugar de los atletas de las olimpiadas, porque el primero lo cogió Lullienda. Y, por Cuba, una gran nadadora cubana, la hija de Luque. Un fenómeno, Olga Luque.

Cuando jugaba con el Fortuna trabajaba en una fábrica de papel, y eso. Había que trabajar. En los amateurs no se jugaba de gratis. Después de Panamá ya me firmó Luque con el Sexto Regimiento, que yo fui militar entonces. Me firmó allí para hacer entrenamiento el general Ignacio Galíndez. Y jugué con el Sexto Regimiento, y entré con el Almendares. En las fuerzas armadas en el verano. Eramos militares, entonces ya ganaba 100 pesos como militar. En el 39 me firmaron Luque y Alfonso López para el Boston Braves. Con el Almendares, en la temporada del 39 al 40. El debut mío fue contra el famoso Santa Clara, que le metí nueve ceros. Hasta ahora creo que soy el pítcher que más juegos ha pitcheado en Cuba en todos los tiempos. Y el que más juegos ha ganado.

Conrado Marrero

Yo nací en una finca que se llama El Laberinto, municipio de Sagua La Grande, el 11 de agosto de 19... , abril 25 de 1911. Voy para 83 años. Allí mismo, en el campo, empecé a jugar pelota. Allí mismitico en la finca se jugaba a la pelota, y yo empecé a jugar allí. Y fui creciendo, y jugando, y trabajando. Nosotros teníamos un negocito, una colonia de caña que tenía mi papá, y trabajábamos allí. Jugábamos los domingos allí mismo en El Laberinto. Y como venían novenitas de allá del pueblo, yo pitcheaba, y les ganaba. Me pusieron «el Guajiro del Laberinto». Porque venían a jugar y la gente les decía: «Allá los va a coger el Guajiro del Laberinto». Y así empecé a jugar a la pelota.

Y me llevaron por ahí a jugar; en todos los campitos de por ahí, yo jugaba. También fui a La Isabela. Jugué con el Casino en Sagua, cuando un

campeonático que hubo. Casa Blanco, Antiguos Alumnos, El Casino Español, y el ABC, que se llamaba, eran los cuatro clusecitos que había.

Yo le gané a la Casa Stani en La Isabela cuando me fueron a probar. La gente de la Stani, aunque tenían pitchers, iban a entrar en la Unión Atlética de Amateurs a jugar. Entonces ellos querían ver si conseguían otro pitcher. La draga de Cienfuegos trabajaba en La Isabela y había uno que había sido pelotero en los años 20, que había sido catcher, y me veía pitchear a mí en La Isabela con las novenitas. Porque ya yo iba para La Isabela y jugaba contra las novenitas que venían, y ganaba, y eso. Entonces, el hombre iba a Cienfuegos y les decía: «Allá hay un guajirito, cómo pitchea; le gana a todo el mundo». Tanto les había dicho que ellos buscaron la manera de venir de Cienfuegos a jugar a Isabela para probarme a mí. Y yo pitché contra ellos y les gané. Jugamos siete innings porque nos cogió la noche. Les ganamos dos por cero. El terreno era muy chiquito, muy cortico por la primera. Yo creo que tú tienes que haberlo visto. Un terreno que le decían La Punta. Había una casita atrás de primera y había una cerca de madera. Entonces se jugaba que el que diera el batazo por allí cogía dos bases. No era jonrón. Era dos bases porque era muy cerquita. Pero la gente de Cienfuegos, como llevaban tres zurdos, quisieron que fuera a riesgo. Y hubo que aceptárselo. Pero los tres zurdos, todas las veces que fueron al bate se poncharon.

Yo les tiraba curvitas, porque yo siempre tiré muchas curvitas. Después resultó que era *slider*. Lo que llaman *slider* hoy. Yo la tiraba un poquito más grande y más corta. Cogí mucho control. Parece que como yo estaba siempre tirando tanto y eso, desde muchacho, porque yo vine a ser pitcher amateur cuando era un guajiro ya duro. Ya yo tenía 26 o 27 años cuando eso que te digo de La Isabela. Ya yo había pitchado mucho, por el campo, ya yo había pitchado, bastante, ¿no?

La Casa Stani era una casa de ropa de hombre. Y Peña de Armas, que trabajaba ahí, estaba con la novena, y se hizo delegado del *team* de pelota cuando hicieron la directiva para llevarme. Me llevaron para Cienfuegos pero yo seguí en El Laberinto mucho tiempo hasta que después me mudé para Sagua. Jugábamos los domingos. El *team* practicaba dos veces por semana, pero como yo estaba para acá, para El Laberinto, yo era el que menos practicaba. Yo pitchaba con esa novena nada más porque no se podía pitchear con más novena que esa. Durante el campeonato tenía yo que jugar con Cienfuegos. El *team* podía tener dos o tres pitchers. Al principio empezaron a pitchear ellos. Entonces empecé yo a pitchear, me daban más chance a mí, yo ganaba más, y los otros se iban. Yo pitchaba todos los domingos. Hubo campeonatos que el Cienfuegos ganó 22 y perdió 5 y yo fui *champion pitcher* con 22 y 5. Todos los juegos los pitché yo. Vaya, el día que yo venía mal, había un pitcher allí, sustituto, que me relevaba. Porque yo no venía bien, me

bateaban, no podía aguantar, y entonces ponían otro pitcher. Pero siempre yo abría.

Cuando empecé de pitcher ya no jugué otras posiciones, pero antes sí. Cuando yo era muchacho jugaba *short* y tercera. En el *infield* yo jugaba. Tenía buen brazo. A mí no me gustaba ser pitcher. A mí lo que me gustaba era jugar en el *infield*. A todo el mundo le gusta batear. En los amateur batié regular.

Nosotros jugábamos un juego en Cienfuegos y un juego en La Habana. Jugábamos contra el Hershey, el Fortuna, Círculo de Artesanos, Artemisa, Santiago de las Vegas, eso todo estaba por La Habana. Matanzas también estaba, y Cárdenas. Dentro de La Habana había muchos clubs. El Fortuna, el Cubaneleco, el Teléfonos, el Vedado Tennis, el Círculo Militar, el ABC, que se llamaba, el Yara. Uh, habían muchos clubs.

Los negros no jugaban en esa Liga porque esos eran clubs de sociedades. A la Casa Stani se le quitó el nombre de Stani y se le puso Cienfuegos Sport's Club, porque no permitía la Liga propaganda de nombres de casas. El Hershey era el ingenio.

Cuando se terminaba el campeonato de nosotros, que duraba como seis meses –jugaban todos los domingos–, en ese tiempo ya no había campeonato, entonces a mí me mandaban a buscar para jugar a Camagüey, o a algún central de esos, a Santiago de Cuba, a Caibarién, lugares de esos, y me pagaban. La Casa Stani me subsidiaba a mí. Me daba mensual, porque el amateurismo no admite pago de trabajo. Pero, vaya, yo para poder jugar, para poderme mantener y eso, ellos me daban. Me dieron también un trabajo. Un tiempo trabajé en los Almacenes de Castaño, en La Habana. Tenían una finca, y como yo conocía de fincas y eso, yo, la semana me iba para la finca.

En el tiempo que se jugaba el campeonato, de marzo a septiembre, nada más jugaba con Cienfuegos. La zafra empezaba en enero. Se jugaba poco porque era la zafra. Los ingenios en la zafra apenas juegan. Yo, cuando no estaba jugando con el Cienfuegos, pues en el mes podía ser que yo saliera dos veces a pitchear en distintos lugares. Yo empecé a jugar en Cienfuegos en 1938, y yo me mudé para Sagua como en 1941 o 1942.

El año 1939 fue la primera serie que me llevaron. Yo pitché un juego, porque eran pocos *teams* los que había. Creo que fue Nicaragua, fue una novena de EEUU, creo, y Cuba. Fue una serie de pocos clubs. Después en el 40 fueron más. El duelo que yo perdí con Canónico fue en 1941. Perdí tres por una. Canónico tenía buen control. Movía bien la bola. Y ese año pitché muy bien. Porque Canónico en esa serie ganó cuatro juegos.

Le ganó a Cuba dos veces. Y nosotros estábamos bien. Buena novena. Fleitas estaba de catcher. En el 42 vino Venezuela y en el primer juego yo pitché contra Canónico y les ganamos nueve por cero, o algo así. En 1943 yo estaba suspendido. Porque yo jugué por ahí. La Liga no permitía cuando el club no estaba jugando que uno jugara por ahí y eso. Había veces que uno pitcheaba y no le hacían caso. Pero en ese viaje me hicieron caso pitcheando en Camagüey y me suspendieron. Porque se entendía que si yo iba a Camagüey a jugar era porque me pagaban. No pude pitchear en la serie. Yo tuve que cumplir seis meses que me pusieron. Los cumplí. En el año 1944 fuimos a Venezuela. Se terminó en una bronca. Los clubs todos se retiraron. Era mucha la brava que daban los *umpires*. Era un fenómeno aquello. Entonces, en 1945, volví a pitchear yo del Cienfuegos, que fue el último año que pitché. Pero vine al pueblecito ese de Santo Domingo, que está cerca de Santa Clara, y les pitché un juego de beneficio a la Sociedad de Color. Y me volvieron a suspender. Me suspendieron indefinido. Y, entonces ya yo dije, bueno, pues ya, me voy para los profesionales.

Napoleón Reyes

Pues yo nací el 24 de noviembre de 1919, en Santiago de Cuba. A la muerte de mi padre, que murió muy joven, mi madre quedó en estado de mi hermana. El se murió de 24 años. Vinimos al Central Santa Ana, en la provincia de Oriente. Mi madre se volvió a casar con otro señor del mismo apellido nuestro; Reyes también. Una casualidad. Ahí nos criamos nosotros hasta la juventud, y ahí fue donde empecé a jugar béisbol, en los placeres del central. Pero yo entonces estudiaba bachillerato en Santiago de Cuba. Cuando empezaba, como era muy corta la distancia entre el central y Santiago, jugaba algo en Santiago, y también jugaba, cuando tenía tiempo, en los centrales azucareros. Yo tenía como 16 o 17 años.

Era una Liga muy fuerte la de los centrales azucareros. Ahí estaba la Marina de Guerra, que tenía grandes peloteros, estaba el Central Palma. De ahí salieron muy grandes jugadores. Estaba el central de nosotros, el Central Santa Ana. El Central Palma, que era Palma Soriano, tenía su stadium bueno. El cuarto equipo era la Casa Bacardí, el Ron Bacardí. Entonces eran: Ron Bacardí, la Marina de Guerra, el Central Santa Ana y el Central Palma. Eran los cuatro fuertes, pero fuertísimos, fuertísimos. Jugábamos una vez a la semana, y quizás algunos otros juegos, pero casi todos trabajábamos durante la zafra. Yo empecé a trabajar de las 12 de la noche a las 12 del día, cuando los turnos eran de 12 horas. Yo trabajaba de químico azucarero. Es decir, yo comencé de ayudante de químico azucarero en el central. A nosotros no nos pagaban mucho por jugar porque en aquella época no había dinero para eso. Los jugadores de la Marina de Guerra lo tenían todo. La Casa Bacardí tenía sus

jugadores que trabajaban en la Bacardí. El Central Palma tenía casi todos sus jugadores que eran trabajadores del Palma, y nosotros trabajadores del Santa Ana. Había peloteros de color y blancos. Era una Liga muy fuerte, muy fuerte, porque inclusive, a veces traíamos jugadores de La Habana para reforzar. Ahí pitcheó Adrián Zavala, pitcheó Angel Cordeiro, el hermano de Reinaldo Cordeiro. En esa Liga pitcheó Dihigo. Los traíamos nosotros porque los profesionales no eran nadie en Cuba. Ellos jugaban su campeonato pero nadie iba al terreno. La gente no seguía en esa época la Liga Cubana. Entonces nosotros, que jugábamos los domingos, que teníamos magníficos jugadores, porque la Marina de Guerra tenía grandes peloteros, traíamos a los profesionales. Ahí jugó Charolito Orta, ahí jugó Zavala, que jugó del Central Palma, y había algunos jugadores de color de la Casa Bacardí muy buenos. Harry Wilson, que era un gran jugador de color, que era el *short* de nosotros. Era cubano, pero de apellido inglés porque era jamaquino. Unas veces jugábamos en el Central Palma, otras veces jugábamos en el central de nosotros. El Central Santa Ana era fuerte, porque a veces nosotros también traíamos a alguien de La Habana, tú me entiendes, pero en general la Liga era muy fuerte porque entonces los jugadores en Cuba no salían al profesionalismo. Se quedaban trabajando en los centrales azucareros, se quedaban trabajando en la Casa Bacardí. Magníficos jugadores que hubieran podido llegar al profesionalismo.

Yo jugaba primera base entonces. Yo era alto, pero era un hombre que corría mucho. Ahora no puedo correr por la artritis. Se me han lastimado las piernas. Pero yo era un hombre de 195 libras con una gran velocidad. Llegué al profesionalismo jugando *short stop*. Pero en el central jugaba primera por- que teníamos otros que jugaban en el *infield*.

Yo vine a La Habana en 1936. Vine a estudiar. Me había graduado de bachiller en Oriente, y entonces vine a estudiar. Como yo estaba trabajando ya la química de químico azucarero vine a La Habana porque dieron un curso de dos años para hacerse químico azucarero. Pasaron una ley en Cuba porque querían quitar a todos los extranjeros que eran jefes de químicos. En todos los centrales de Cuba eran extranjeros. Dieron dos años para que todos los cubanos que quisieran graduarse fueran a La Habana y vinieran para los centrales otra vez a hacerse jefes. Yo fui para eso a la Universidad de La Habana. No pensaba que después seguiría, pero después me hice ingeniero agrónomo, que fue cuando me fui a los profesionales.

Yo empecé aquí a jugar del club Fortuna, porque cuando yo llegué había un amigo de mi padre allá en el central, donde era el jefe de la policía, que le dijo: «Cuando tu hijo llegue a La Habana yo lo voy a meter en un club». Entonces él era directivo del club Fortuna, y cuando yo llegué a La Habana, sin conocer a nadie ni nada, me llevó al club Fortuna. Ya estaba

Agapito allí. Entonces yo estudiaba y después iba al central a trabajar la zafra los dos años esos. En medio de eso, vino un *coach*, que murió, un amigo mío de la Universidad, que iba a hacerse cargo de ciertos *coachs* de la Universidad: Víctor, Vitico Muñoz. En Cuba se jugaba en los amateurs nada más que el domingo, porque todo el mundo trabajaba las famosas 12 horas de Cuba; había que trabajar 12 horas y los sábados más. Ahora es ocho horas, y cuatro horas y tres horas, pero antes no. Entonces, hay un juego suspendido contra el Regla un sábado, y viene Cordeiro, que era el manager, y me dice: «Grande», como siempre me llamó, «yo quiero que tú juegues el *short stop* mañana sábado». Porque el *short stop* era un muchacho que se llamaba Cubells; él cargaba sacos de arroz en una tienda. Venía y jugaba nada más los domingos de nosotros, del Fortuna. Entonces digo yo: «Bueno, yo juego». Yo practicaba siempre el *short* y él siempre me veía. Vengo y –¡pan!– debuto con jonrón. ¡Pan, pan! Vitico estaba viendo, porque al próximo año él se iba a hacer cargo de la Universidad. Había un muchacho de la Universidad, que estudiaba en la escuela de agronomía en que yo estudiaba allá en Rancho Boyeros, y Vitico se vira y le dice: «Ven acá, chico, y ese guajiro ¿qué hace ahí jugando con el Fortuna?». Y mi amigo dice: «Tú no sabes que este muchacho es universitario». «¿Cómo que es universitario?», dice Vitico. «Sí, hace un año que es universitario, ¿por qué tú no te lo llevas para la Universidad?». Fíjate lo que son las cosas. Termina el juego –y yo acabé– yo venía de jugar una pelota mejor que los amateurs allá en Oriente. Entonces me para Vitico y me dice: «Ven acá, chico, ¿tú eres alumno de la Universidad?». Y dice el muchacho que me vio, que era alumno también: «Sí, éste es, es alumno de la Universidad». Y entonces, de cualquier equipo de la amateur se pasaba a la Universidad, no había problema. Para pasarte de un equipo a otro esperabas un año. Pero para la Universidad no. Ese era un privilegio de estar en la Universidad. Y dice: «No, yo voy a dirigir la Universidad, y yo quisiera que tú te fueras para la Universidad el año que viene». Digo: «Bueno, deja ver lo que pasa». Dice: «No, no pasa nada». Quedaban varios juegos y yo los jugué todos, porque ya Cordeiro me dejó jugando. Y al próximo año, pues, cuando yo regresé otra vez ya a mi segundo año, que ya me iba a graduar de químico azucarero, entonces, jugué en la Universidad. Yo jugué en la Universidad tres años más. Porque después que me gradué de químico azucarero todavía me quedaban dos años para ser ingeniero agrónomo. Después, inmediatamente, salté a los profesionales. Así es como yo jugué, comenzando del Fortuna, pasé a la Universidad, por una de esas cosas, porque si no me quedo jugando en el Fortuna, porque me había recomendado el jefe ese de policía.

Yo fui a una serie internacional, a Venezuela, después que ganamos el campeonato amateur mundial en Cuba en el año 40. En el 40, Venezuela, después de ganar nosotros, nos invitó, y estuvimos un mes en Venezuela jugando. Fue una serie muy bonita de siete juegos. Y la ganamos.

Entonces regresamos a Cuba para 1941. Ya yo en ese verano me gradué. Y después salté a los profesionales.

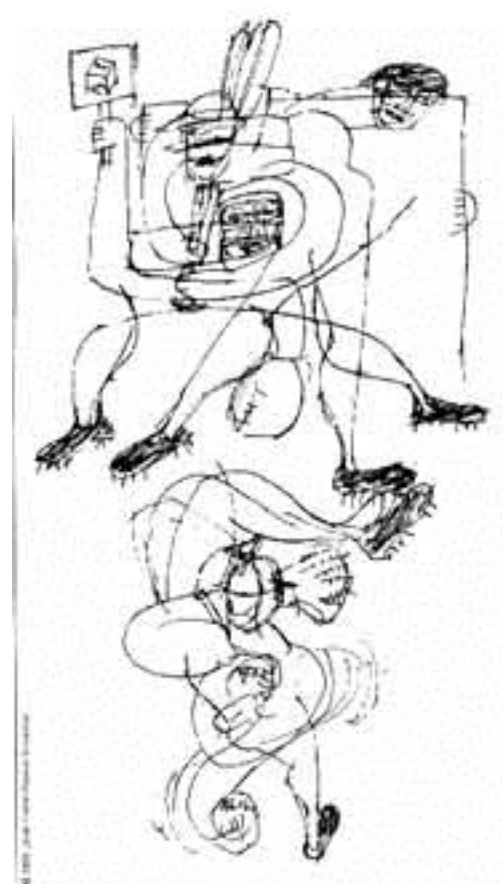
Perdimos contra Canónico en 1941 por una equivocación del *infield* de nosotros. Y hay que darse cuenta que el equipo de Venezuela era muy bueno. Una equivocación de la tercera base de nosotros que se confundió. Cogió la bola aquí cerca de la base, y en vez de tirarle la bola al *cácher* de nosotros, que era Andrés Fleitas, para sacarlo, no, lo siguió corriendo hasta el *home plate*. Y el tipo anotó. Esa fue la llave del juego de Venezuela y Cuba. Yo sí la batié a Canónico y Fleitas le bateó también. Nosotros éramos los mejores bateadores del equipo. Pero Venezuela tenía buenos jugadores también. Y se les dio una concesión. Ellos empatan la serie, y van a decidir con Cuba. Entonces Venezuela empezó que quería que no se decidiera al otro día. Que se les diera chance. Y se les da un chance de tres días más para que Canónico se recupere. Es decir, cuando las cosas van a pasar... Nadie se fijó en esa jugada hasta que los otros días, Fleitas, que está aquí, me dijo: «Napoleón, tú no te acuerdas donde nosotros perdimos la serie». Y me dijo: «¿Tú te acuerdas que Mosquito le corrió con la bola a...?».

La Tropical estaba lleno. Ese último año de los amateurs yo fui nombrado capitán en la serie mundial. Es decir, que en esa serie mundial yo hice el discurso de apertura ante las naciones en La Tropical. Esa serie fue tremenda en Cuba. Porque el fanatismo era todo de los amateurs. Los profesionales no contaban.

Resulta que Adolfo Luque, que era *coach* de los Gigantes, ya llevaba dos años detrás de mí. Vinieron los Gigantes ese invierno a entrenarse. Luque me llevó a que Terry, que era el manager, me viera. Yo no esperaba dinero ni nada, si yo lo que quería era jugar pelota. Me dieron un bono de 1.000 dólares para que yo reportara al Jersey City, que era la Triple A de los Gigantes. Ya yo había firmado con el Almendares. Terminé de segundo de los bateadores de la Liga Cubana ese año (1941-42). Hay una anécdota que la gente no sabe. Eloy García, que murió aquí hace dos años, era dueño del equipo Almendares; él con Armitas. Entonces ellos estaban detrás de mí para que yo saltara, pero como Luque era el que estaba metido en el medio, tú me entiendes. Pues me acuerdo que me ofrecieron 40 dólares para jugar al mes. Yo digo, no, yo no juego por 40 dólares, yo tengo familia aquí, yo no soy un muchacho rico, si me dan 60 pues yo juego. Y empieza la discusión con Armitas y dice Eloy García: «Chico, yo voy a poner los 20 dólares, deja al muchacho firmar». Y por eso firmé. Yo no era rico, pero tampoco era pobre. Mi padre trabajaba en el central. Como familia pobre no carecíamos de nada; tampoco era para jugar por 40 pesos. Pero el deseo mío de jugar era tal que no me importaban 20 pesos.

Saltar al profesionalismo no fue duro. Primero, yo era un gran bateador. Corría, y tenía unos deseos de jugar tremendos. No me causó mucho problema el salto a los profesionales. La primera vez que yo fui al bate metí un «tubey» contra Max Macon, del equipo del Marianao. Y ahí seguí. Terminé discutiendo, con Silvio García, el primer año, el *champion* bate de la Liga. Ese primer año mío el Almendares ganó. Ganamos. Ahí entonces reporté a Jacksonville.

Yo vine en un Pan American que era un *sea plane*, que salía de la Bahía de La Habana y llegaba aquí, a Miami. Y de aquí, yo no sabía mucho inglés ni nada de eso, no sé ni quién me puso en el tren para llegar a Jacksonville. Esa noche dormí en el tren. Eso era antes de la guerra. Cuando llegué allá, el manager, le dijo a Tomás de la Cruz, que se estaba entrenando cerca con el Syracuse: «Tú le dices a este muchacho que cuando él entre a jugar en Jersey City, que es cerca de Nueva York, donde hay muchos latinos, no voy a permitir, de ninguna manera, que él hable otro idioma que no sea el mío. Que lo mejor que hace es aprender». Había una muchacha, que era la *hostess* del hotel, que oyó esto, y ella venía, hasta en el desayuno, a ayudarme. Me empezó a hablar en inglés y yo a coger palabras. Y nos hicimos amigos. Yo era el único que el manager permitía que anduviera con ella. Cuando llegué a Nueva York yo sabía hablar inglés. Ella se fue a Inglaterra con todas aquellas mujeres que se fueron de voluntarias, y todos aquellos aviadores que se fueron de voluntarios en defensa de Inglaterra. Yo le escribía a su casa. Entonces me escribe la madre de ella diciendo que lamenta decirme que ella había muerto en un bombardeo en Inglaterra. Siempre me acuerdo de ella. Siempre, siempre. Se llamaba Laura Wilkenson.



Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista